



CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

ABNEGACIÓN Y LIBERACIÓN, UN ITINERARIO DE LA VIDA ESPIRITUAL

<https://www.youtube.com/watch?v=E1ZMAFKhtGo>

Primero quisiera que nos familiarizásemos con los términos «abnegación» y «liberación», porque a nosotros nos suenan como dos cosas antitéticas, como si una cosa y la otra no se conjugasen. «¿Liberación es lo contrario de abnegación?, no. ¡A ver, yo quiero ser libre! Eso es exactamente lo contrario de negarse a sacrificarse». Bueno, pues vais a ver que precisamente la tesis última es la contraria.

A la hora de hablar de qué es la abnegación y qué es la liberación, partimos de que el hombre, el ser humano, tiene una dignidad, creado a imagen y semejanza del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Hemos sido creados por Dios y para Dios; hemos sido creados para ser verdaderamente libres; hemos sido creados para vivir en la libertad de los hijos de Dios, dice San Pablo.

Pero ha existido una herida, una herida muy seria. Cuando uno hace un análisis de la realidad sin tener en cuenta la herida que ha acontecido en el corazón del hombre, que ha sido un gran drama, a esa herida le llamamos “pecado original”. Pero, además, es que el pecado original químicamente puro no existe: está ligado a todos nuestros pecados personales, o sea, que ese pecado original se suma a la distorsión que se ha generado en nosotros por haber vivido de espaldas a la dignidad del hijo de Dios, y por todas las esclavitudes que se han generado en nosotros. Las esclavitudes por no haber vivido conforme a la libertad de los hijos de Dios y habernos arrastrado por el pecado. Entonces, Cristo ha venido a rescatar nuestra libertad esclava, atrapada. Nunca como hoy ha habido tanta reivindicación —«quiero ser libre»— y nunca como hoy han habido tantas esclavitudes, tantas adicciones. Estamos atrapadísimos con montones de esclavitudes, por el materialismo que nos atrapa, por todo lo que supone este mundo que busca la honra y la fama a cualquier precio. O por el mundo que busca el placer a cualquier precio, por encima de todo. Estamos atrapados y entonces nuestra libertad necesita ser redimida; esa es la tesis: *“nuestra libertad necesita ser redimida”*.

Y, bueno, el reino de Dios sufre violencia entre mi libertad esclava y mi libertad verdadera. San Agustín decía —el otro día descubrí esta frase en el día de San Agustín, que es un crack auténtico y al que le tengo una devoción muy grande, porque tiene la capacidad de decir cosas muy potentes, de manera muy comunicadora, muy sencilla—: *«Yo estoy en permanente guerra civil dentro de mí»*. No se puede decir mejor, ni de manera más gráfica: *«Yo estoy en permanente guerra civil dentro de mí»*.

A ver, hay una batalla dentro de mí. San Ignacio de Loyola dice en las “Dos banderas”: hay dos banderas y tú tienes que tomar, dentro de tu corazón, postura por una o por otra. La frontera entre el bien y el mal no está fuera de ti: «Ahí está la frontera, yo estoy en este lado». No, la frontera entre el bien y el mal pasa por dentro de tu corazón. La trinchera la tienes dentro, la trinchera no está fuera, no. Tú estás dentro de esa batalla, dentro de ti.

Luego, ese proceso de liberación tiene muchos momentos en los que para liberarnos de una libertad esclava sufrimos. Vamos a poner un ejemplo que lo entienda todo el mundo, alguien que está atrapado por el alcohol o por las drogas: cuando le quieres liberar de su esclavitud, sufre. Sufre porque él lo percibe como que le estás agrediendo, le estás quitando algo que a él le da vida, y no es verdad, pero la liberación también es dolorosa. Es dolorosa por los apegos que se han generado en nosotros, porque supone un morir al hombre viejo para que nazca el hombre nuevo.

Supone una gran batalla. El Evangelio está lleno de referencias a que hay una batalla dentro de nosotros: *«El que quiera venir tras mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y me siga»*. El Evangelio no oculta esta batalla, más bien la pone claramente a nuestra consideración, porque la libertad supone haber vencido en esa batalla. Es ser libre del mundo, ser libre de mí mismo, ser libre del maligno. No hay libertad sin batalla. Negarse a sí mismo, a eso se le llama abnegación. Por eso os he dicho que quería hablar sobre la necesidad de la abnegación para la liberación: negarse a sí mismo, abnegarse, llevar la cruz. *«El que pierda su vida por mí, la encontrará»*.

Bueno, y hay que decir que este es un camino que está dirigido a todos los cristianos. Dice: «No, es que esas cosas son propias de seminaristas, son propias de monjas de clausura». En el Evangelio yo no veo que en ningún sitio diga Jesucristo: «salíos ahora los que no sois apóstoles, que se queden sólo los apóstoles». No, Jesucristo habló el nuevo mensaje a todo el mundo y, la verdad es que cuando uno predica el Evangelio te das cuenta de que sirve para un alma contemplativa, para una clarisa, y sirve para un matrimonio, y sirve para un joven que lucha en medio de las esclavitudes de este mundo.

Esta es la afirmación de partida, por lo tanto: la importancia de la abnegación para la liberación. Porque —y este es el punto al que yo quería acceder como tesis— la abnegación cristiana en realidad no niega, sino que afirma. Niega solo lo que en realidad no existe, porque detrás del «no a ...» hay un «sí a ...». Detrás de «no a las drogas» o detrás del «no» a lo que fuere, hay una afirmación de un signo: la abnegación en el fondo es una afirmación. El mundo te promete libertad y te esclaviza, y Jesucristo te dice: *«Abraza la cruz»* y te libera. Esa es la paradoja. Este mundo te ofrece algo que es justamente lo contrario: te ofrece libertad y en el fondo te genera esclavitud. Jesucristo te dice: *«Abraza la cruz, coge el camino de la abnegación, entra por la puerta estrecha»* y te da la libertad, pero hasta llegar a captar eso, supone ver mi vida desde los ojos de Jesucristo.

¿Esto cómo se puede hacer? Obviamente solamente hay un camino para hacerlo, que no es un voluntarismo, porque hacer este camino por voluntarismo es complicado, no somos prusianos y dudo mucho que los prusianos, por mucho que tengan esa fama, lo hicieran. Nadie tiene una voluntad tan fuerte, sería soberbia. Si alguien confiase plenamente en su voluntad para llevar adelante esta batalla fracasaría. Solamente el amor es capaz de purificarnos de esta manera, solamente cuando en la medida en que uno en la vida espiritual va descubriendo el amor, ve que ese amor es el que le hace fácil la abnegación, fácil el sacrificio, fácil el desprendimiento.

En Mateo 13, 44, tenemos el ejemplo de aquel hombre que descubrió una perla, un tesoro escondido. Entonces fue, lo dejó escondido, vendió todo lo que tenía y compró el tesoro. Alguno diría: «¡Hombre, ha vendido todo lo que tenía!, menudo esfuerzo, menudo sacrificio ha hecho». Y él dirá: «Pero hombre, si ha sido el sueño de mi vida, pero si yo jamás he hecho una operación más rentable en mi vida». El que no ha descubierto el amor, solamente ve la renuncia; el que ha descubierto el amor no ve la renuncia, la renuncia le parece que es por Dios.

Y esa parábola del evangelio se puede aplicar a cualquier cosa. El que ha descubierto el don de la Eucaristía, no ve sacrificio para ir a la Eucaristía, ¿Pero es un sacrificio ir a la Eucaristía?, ¡por el amor de Dios! Para el que no ha descubierto el don de la Eucaristía, todos son pegas: «Que me viene mal, es que fíjate tú, ...». Está continuamente buscando excusas para decir: «Es que hoy no puedo, hoy no sé qué, ...». La gran clave es la del amor: solamente el amor es capaz de llevar a cabo ese proceso de la abnegación a la liberación.

Bien, vamos a describir este camino. San Pablo dice que ha llegado el tiempo de que nuestro corazón sea libre: «*Hermanos, el tiempo es inminente: el que posea, que posea como si no poseyese; el que tenga, como si no tuviese*». Ahora que estoy aquí, entre matrimonios, que no se diga que en una ocasión me vino una mujer y me dice: «He descubierto que mi marido tiene una espiritualidad muy paulina». Y digo: «¿Si, muy paulina? ¿Y por qué me dices eso?». «Es que pone en práctica muy bien eso de que el que tenga mujer, que la tenga como si no la tuviese». Esa expresión de San Pablo: «*Hermanos, que ha llegado el momento, el momento de vivir con un corazón libre: poseer como si no se poseyese y ese tener como si no se tuviese*». Es decir, vivir con un corazón libre: amar sin apegarnos. Hay una diferencia esencial entre una cosa y otra, esto es lo que San Juan de la Cruz describe en su itinerario como «*amar sin apegarse*», haciendo que los bienes materiales, el placer de la vida, el prestigio, la fama, no sean objeto de apego para nosotros, sino que vivamos con libertad. Eso supone poseer las cosas, afectos, ideas, voluntades, sin apego, sino en la libertad de que todo esté ordenado a la verdad y a la caridad.

Bueno, esto suena muy bonito, pero dice: «A ver, habrá que ponerle una letra pequeña, porque como no le pongas la letra pequeña se puede quedar en una afirmación hermosa». Y es San Juan de la Cruz en “*La Subida al Monte Carmelo*” le pone la letra pequeña a esto. ¿Cómo se la pone? Ese proceso de abnegación hacia la liberación lo divide

en cuatro partes: *la liberación activa del sentido, la liberación activa del espíritu, la liberación pasiva del sentido y la liberación pasiva del espíritu*. No os asustéis, que las cosas son bastante más sencillas de lo que pueda parecer dicho así, que esto suena muy teórico, y voy a describirlo.

Primero: “**La liberación activa del sentido**”: nosotros tenemos sentidos —ver, tocar, oír, ...—. Los sentidos corporales están llamados a sujetarse a la razón. Una manera de liberarte es que tus sentidos se sujeten a la razón, que tú no estés arrastrado por tus gustos y por tus repugnancias sensibles. Enseguida, el niño que crece empieza a decir: «No me gusta, no quiero». Pues pasa a ser tú, como tú en esa batalla tuya, el gusto que sea tu criterio último, vas a ver como tu liberación, el proceso de liberación, no lo vas a realizar; vas a estar esclavo, en cada momento, de tu apetencia. «Eso que veo es lo que quiero; lo que veo es lo que me entra por el ojo y es lo que quiero». Es decir, los sentidos, dice San Juan de la Cruz, tienen que estar sujetos a la razón, de lo contrario, es una razón que está esclavizada a lo que me apetece en cada momento. El que no está libre de la esclavitud de los sentidos, no está capacitado para la caridad. Alguien que es incapaz de superar su repugnancia sensible —«es que esto me echa para atrás, es que siento fobia hacia esta persona»—, ¡pero hombre!, sentirás fobia, pero no te puedes dejar llevar por esa fobia, tienes que vencerla.

Y fijaros, sin embargo, qué, a veces, no sé si recordáis la película de *El club de los poetas muertos*, que yo cuando vi aquella película, hace ya muchos años —era bien jovencito— dije: «¡Madre mía, la que nos viene aquí!». Porque en aquella película había como una exaltación a dejarte llevar por tus apetencias y tus sentidos. Esa era una pedagogía que la profesora decía: «Venga, tú déjate llevar, ponte encima de la mesa y, si te apetece hacer el tonto, ...». O sea, era como una exaltación, era un *carpe diem*, entendido como que mi primer impulso sea el bueno. Eso de que el primer impulso que tengo sea el bueno, es mucho suponer; es más, hay muchos primeros impulsos que son los que hay que corregir.

San Juan de la Cruz, lleno de sabiduría, dice: “*No se puede amar al prójimo, si yo estoy esclavizado por simpatías y antipatías*”; si yo estoy totalmente atrapado por filias y fobias; «este me cae bien» y como me cae bien, le consiento lo que no tengo que consentirle», y «tengo una fobia hacia éste y como tengo una fobia, entonces no le paso una». Dice San Juan de la Cruz: “*A veces, esos apegos pueden parecer pequeñas cosas*”. «¡Qué tontería, tampoco es para tanto!, tiene una manía; tiene unos apegos con las cosas que compra; éste, si no tiene su perfume de no sé qué ...; se cree que para comer tiene que ser así, sino no come». O sea, estamos llenos de tonterías de esas, no. Dice San Juan de la Cruz: “mira, parecerán tonterías”, pero pone este ejemplo: imagínate un ave que está atada por una gran cadena a una roca que le hace imposible volar. También, imagínate un ave que está atada por un hilito a una roca: en teoría el hilo se puede romper más fácil que la roca, pero mientras que no lo rompas, tampoco vuela. O sea, igual se queda sin volar, sea con cadena o sea con hilo, y San Juan de la Cruz pone ese ejemplo para decir que: ¡ajo!, con los pequeños apegos, las pequeñas tonterías, están en el fondo y te impiden volar, te impiden volar porque no te has tomado en serio la abnegación a tus apegos.

Y los apegos pueden ser, algunos materiales: «es que esta ropa con la que me siento bien, si me cambian la ropa me pongo nervioso», con cositas de esas, pero puede ser con personas, puede ser con planes: «Tengo un plan para este fin de semana; me cambian el plan y me pongo nervioso», porque yo creo que tengo que tener todo ordenado, tengo un orden, como me cambien el orden, me cambia el estado de ánimo. ¡Pero hombre, que más dará que se cambie el orden de las cosas!, son apegos. A veces puede ser más perjudicial para el alma un pecado venial asumido y habitual, que un pecado más grave, pero que, si ha sido puntual, no ha llegado a generar un hábito. Puede haber hilos más pequeños que han creado un hábito y son una manía y te tienen atrapado. Por lo tanto, dice San Juan de la Cruz: *“Hay que tener disposición de abnegación de los gustos sensibles para que sean para mayor gloria de Dios”*.

Yo recuerdo con mucho agradecimiento a nuestro padre, que cuando nos sacaban un plato combinado para comer y él decía: «Eh, un momentito, tú no te vas a comer primero las aceitunas, lo que más te gusta. Tú primero te comes lo que menos te gusta y dejas para el final lo que más te gusta». Y claro, entendías la lógica y aprendías a hacerlo, aprendías a superar el criterio de tu gusto y ponías la razón. La razón educaba a tu gusto y no viceversa, y eso es liberador. Eso forma parte de la abnegación, la abnegación que te lleva a ser libre.

Os decía que San Juan de la Cruz lo describe en cuatro partes: en la primera es *“la abnegación activa del sentido”*, luego viene, en segundo lugar, *“la abnegación activa del espíritu”*. Si los sentidos tienen que ajustarse a la razón, la razón y la voluntad tienen que ajustarse a la fe. Vivir según la fe permite ver las cosas desde el punto de vista de Dios. Cuando Jesús le dice a Pedro: *«Pedro, tú piensas como los hombres, no piensas como Dios»*, le está dando un tirón de orejas bien potente, porque es que tú estás viendo la cruz sin ojos de fe, y tienes que verla con ojos de fe. Por lo tanto, tiene que haber una visión de fe, de esperanza y de caridad para ir transformando nuestra manera de pensar y de razonar en este mundo.

En esta liberación del espíritu distinguiríamos primero: *“liberación del entendimiento por la fe”*. Dice Romanos 1, 17: *«El justo vivirá por la fe»*. Bueno, entender que *“las cosas son lo que son para Dios”*, no solo no son lo que son para mí. Yo he vivido un disgusto, algo me ha salido fatal, bueno, vamos a ver ¿qué quiere Dios de esto?. Se me han truncado los planes: vamos a ver ¿qué quiere Dios de esto?, porque las cosas son lo que son para Dios. Algo querrá Dios, ¿no?, vamos a descubrirlo.

Luego está claro que este proceso de abnegación hacia las liberaciones es que mis criterios se vean transformados desde los de Cristo. Por ejemplo, ¿en qué me baso para tener una determinada posición intelectual en un tema? El hecho de que yo tenga sensibilidades políticas - que igual pueden conjugar o no conjugar con la doctrina social de la Iglesia -, entonces, a ver, en mí, por ejemplo, lo político ¿qué es?, lo sustantivo; y lo cristiano ¿es un poco una pátina, así un poco ...?, ¿o es al revés?, ¿o para mí, la doctrina cristiana es la que configura mi pensamiento y, luego, hay legítimamente sensibilidades

políticas? Otras veces ocurre al revés, que hay personas que están configuradas por su ideología política y para ellos el cristianismo es secundario, pero no son libres, nunca cambiarán de moto, nunca serán capaces de criticar, porque están configuradas en su pensamiento por una ideología, pero el Evangelio no ha llegado a transformarles profundamente. Y como pongo el caso de la política hay otras muchas cosas, es decir, yo, mi forma de pensar, la tengo que configurar a la de Cristo, desde la fe.

Estamos hablando de la liberación activa del espíritu. *Liberación también de la memoria por la esperanza*; dice San Juan de la Cruz: “*hay que liberar nuestra memoria de tantos recuerdos que nos machacan y nos tienen absolutamente hechos polvo*”. Dale que te pego, y volviendo a mis pensamientos, aquello que ocurrió, ... Hay que liberar la memoria por la esperanza. Es la esperanza la que viene a sanar nuestra memoria, ya que, a menudo, la memoria nos esclaviza con recuerdos del pasado e imaginaciones del futuro.

Síntomas: «No me lo puedo quitar de la cabeza, no soy capaz de ocuparme sin agobiarme». Todo ello tiene que ser liberado por una esperanza que me da paz. Dice el salmo: «*En paz me acuesto y enseguida me duermo porque tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo*». Menudo salmo ese, salmo 4. ¿Por qué tú has aprendido a liberar tu memoria por la esperanza, por la confianza, podríamos decir también? Les decía don José Delicado Baeza, que fue arzobispo de Valladolid —yo fui obispo de Palencia en primer lugar—, y don José Delicado Baeza decía que cuando él se iba a la cama se quitaba el solideo y lo dejaba allí, en la mesilla, decía: «*don José, hasta mañana, que Pepe se va a dormir*». A ver, en plan broma, pero es algo muy potente, es decir, mi memoria, mis preocupaciones, mis agobios, ... o sea, soy capaz de sanarlos por la esperanza. Tengo esperanza en Dios y es mi esperanza en Dios la que sana eso; si no, estoy atrapado. Tú necesitas recibir, liberar, es la liberación activa del espíritu, «Libérate». Alguien en plan broma decía: «*A ver, Dios existe y no eres tú, relájate*». Son dos noticias buenas: “Dios existe” y “no eres tú”, relájate. O sea, haz un acto de abandono por la esperanza y la confianza; eso es liberación.

Aprender a hacer silencio en nuestro interior para escuchar a Dios. Dice Mateo 6, 31: «*Y no os preocupéis del mañana, que cada día tiene su afán*». Venga, esto no toca. A ver, esa historia no toca, ahora no toca y ya está; ya tocará y cuando toque, la abordaremos; pero ahora no toca. Entonces esta liberación es muy importante; nosotros, para encoger la memoria como si fuese una esponja de agua sucia, ahora la estrujamos para que todos los pensamientos obsesivos que tenemos, machacones, salgan afuera. Pero la esponja vacía no puede estar, la memoria vacía no puede estar; para que no estemos obsesionados por muchos recuerdos necesitamos llenarla de todas las obras buenas que Dios ha hecho en nuestra vida, hacer memoria de tantas cosas buenas; porque, que tu reprimas tus recuerdos no funciona, y la única manera es que la memoria esté llena de todas las obras buenas que Dios ha hecho en tu vida y todas las obras de la salvación, y que tú las traigas de vuelta. A mí, por ejemplo, me ayuda mucho recordar cosas de la infancia, de nuestros padres, eso me ayuda mucho a que en mi memoria no esté atrapado por malos rollos, porque hay personas que tienen un problema tremendo en perdonar, y puede ser también porque tengan esa obsesión con sus pensamientos del pasado.

Necesitamos tener una providencial mala memoria, para decir: «A ver, que no me acuerdo de eso y Dios te la da». Esa providencial mala memoria, Dios te la da. Como, también, a veces, a los sacerdotes, cuando confesamos, aún se acuerdan de todos los pecados que han escuchado a una persona. No, Dios te da una providencial mala memoria para olvidarte; pues ya está, no te acuerdas de las cosas. Yo creo que Dios sabe hacer eso también, pero no con los pecados de los demás, sino con los de uno mismo, porque puede ser más difícil, también, con los de uno mismo; una providencial mala memoria. O sea, yo mi vida, mi pasado lo arrojó a la misericordia de Dios o el futuro lo confío a la providencia, y solo me quedo con el momento presente para vivirlo en intensidad de amor: eso es la purificación de nuestra memoria por la esperanza.

Hemos dicho: *liberación del entendimiento por la fe, liberación de la memoria por la esperanza* y, ahora, ***liberación de la voluntad por la caridad***. Dice el Señor, Mateo 6, 21: «*Dónde está tu tesoro, ahí está tu corazón*». Y entonces, a la hora de decir: ¿dónde está mi corazón?, ¿qué es lo que verdaderamente amo?, porque eso es lo importante. A uno le dicen: «*Eres lo que sientes, eres lo que comes*». Eres lo que amas, eso es lo que es realmente cierto, eres lo que amas, y lo que haces. Entonces, San Juan de la Cruz tiene un método para examinar esto, y el método para examinar qué es lo que verdaderamente amo —pero no en teoría, sino de verdad, en la práctica, ¿dónde está tu corazón?—. San Juan de la Cruz propone un método que es examinar las cuatro pasiones: *gozo, esperanza, dolor y temor*. ¿En qué te gozas?, ¿cuáles son tus gozos?, y ¿cuáles son tus dolores?, ¿qué cosas te hacen sufrir?, ¿cuáles son tus esperanzas?, y ¿cuáles son tus temores? Dice: “*con esas cuatro cosas puedes hacer un retrato bastante exacto de dónde tienes tu corazón*”.

Porque igual uno resulta que coge y dice: «Es que yo el temor que tengo es que baje la bolsa». Estoy asustado porque, con esto de la guerra, metí allí no sé cuantas acciones de la empresa, y pensábamos que las cosas iban a ir bien y, de repente, surge ahora la guerra está y estoy muerto de miedo. Entiendes, a ver si ahora resulta que la he pifiado. ¿Qué temes?, pues que la bolsa baje. Eso es un buen retrato, ¿verdad? A ver, es un buen retrato; tu corazón ¿dónde está?, ¿qué es lo que amas?, o sea, lo que amas es el dinero, o ¿en qué te gozas? ¿cuáles son tus alegrías?, pues igual son vanidades: «¡Ay, qué bien me ha quedado esto!, ¡Ay, hay que bien me ha quedado lo otro!, ¡Ay, me han invitado a esto!, ¡tengo un disgusto porque no me han invitado!». A ver, eso te retrata. Hacer ese análisis de las cuatro pasiones: cuáles son mis gozos, cuáles son mis tristezas, cuáles son mis esperanzas y mis temores son un buen retrato que San Juan de la Cruz dice: “*hay que tomarse en serio lo de ponerse delante del Señor y decir: «Yo me gozo y me alegro por lo que verdaderamente merece la pena»*”. Mis gozos y mis alegrías tienen que ser las del Corazón de Jesús. Qué alegría me he llevado porque me he enterado que una persona se ha convertido, una persona que está cerca del Señor y tengo una alegría tremenda por esa conversión. Hombre, eso pinta de otra manera. Se ha llevado un alegrón por eso, su corazón está en otro sitio.

Con perdón de los futboleros, que yo soy poco, cuando estaba en San Sebastián y subió la Real a primera, me vinieron los del Diario Vasco y me dicen: «¿Es usted realista?». «Si,

yo soy realista, pero poco practicante», les dije. Pero, con perdón de los futboleros, hacer de la alegría en mi vida un triunfo futbolístico, pues no sé qué decirte, hijo, habrá cosas más importantes en la vida. Pero cada uno tiene que tomarse el pulso, es decir, yo ¿qué amo?, ¿dónde está mi corazón? Es muy importante esta liberación activa del espíritu, porque *la liberación activa del espíritu es que mi pensamiento se configure desde la fe en Cristo; que mi memoria, mis recuerdos se configuren desde la esperanza y que mis amores se configuren desde el amor en Dios, el amor recto en Dios*. El amor recto, que yo sufro y me alegro y tengo esperanzas y tengo temores son conformes al querer en Cristo, al querer desde el Corazón de Cristo.

Bueno, pero no os asustéis, porque esto ya lo estáis haciendo, aunque no os deis cuenta. No quiere decir que hasta que uno no ha conocido a San Juan de la Cruz, no haya hecho nada de esto; no os penséis que uno, que es la primera vez que lo escucha, dice: ¡madre mía! A ver, todo esto lo hemos ido haciendo, seamos o no conscientes de ello, de alguna manera, pero viene bien también una exposición ordenada, viene muy bien, porque también nos puede hacer caer en la cuenta de que hay determinados aspectos a los que yo no les he dado suficiente importancia.

Hemos dicho: *liberación activa del sentido, liberación activa del espíritu*. Ahora vamos a ***la liberación pasiva del sentido***. Hasta ahora, cuando hablamos de la liberación activa, predomina el ejercicio de las virtudes en este itinerario de la abnegación hacia la liberación; pero a partir de ahora, cuando hablamos de liberación pasiva, ya predomina la acción del Espíritu Santo a través de sus dones. Es un pasar de movernos con el auxilio de la gracia a ser movidos por Dios mismo. Podríamos decir que es la vida mística. Alguno dirá: «*Pero nosotros ahí no estamos*». A ver, yo estoy convencido de que muchas veces hemos sido asistidos por los dones del Espíritu Santo más allá que por nuestras virtudes. Si no fuese porque hay algo de mística en nuestra vida, no estaríamos aquí. Entre la mística y la estética no creáis que hay una frontera, claro que nosotros estamos muy en 1º de primaria, claro que es verdad, pero, al mismo tiempo, también estamos siendo asistidos por los dones del Espíritu Santo. Hay muchas miserias no superables solamente por la ascética, por esa lucha nuestra, por el ejercicio de las virtudes. Por ejemplo, tenemos orgullo, tenemos pereza, tenemos tal..., hay veces que para superar determinados defectos tiene que venir un golpe de la gracia de esos tumbativos, de esos que te tiran del caballo y, de repente, lo que no habías sido capaz de superar en tu pereza, en tu vida, al día siguiente empiezas a hacerlo. ¿qué ha sido esto? Llevo 20 años luchando con mi pereza sin ningún fruto y, de repente, un día tuve un don de Dios en una oración ante el Santísimo Sacramento, y, de repente, me fue fácil lo que antes me era imposible. ¿Y eso qué ha sido? Pues que los dones del Espíritu Santo existen y son capaces de ir más allá que lo que nuestra voluntad está labrando.

Esta liberación pasiva del sentido suele darse a través de la oración. Pero, ¡jojo!, la oración no siempre es gozosa y no siempre he sentido al Señor. Muchas veces la oración es una gran prueba: a veces Dios se esconde y uno se queda sin discurso. Y, entonces, en ese momento, lo que te apetece es dejar de hacer oración: «*Si me quedó seco y no tengo*

discurso, cojo y me largo de aquí». Y el Señor te dice: «Quieto parado, aguanta ahí, si hace falta aburrirse, abúrrete, pero déjate que Dios te purifique en esa soledad, en ese momento de oración». No reduzcas su oración a cuando yo me siento bien delante de Dios: esos momentos de sequedad, de soledad, forman parte de esta liberación pasiva del sentido, donde uno tiene que aprender a ponerse delante de Dios y dejar que Dios te purifique, y si me siento mal, aguanta mecha. «El justo vivirá de la fe», no del sentimiento de la fe, porque a veces buscamos el sentimiento de la fe. No, repito: «El justo vivirá de la fe». Sé Señor que estás ahí, aunque no lo siento ni lo percibo y estoy con ganas de largarme, pero sé que estás aquí. Eso te purifica, eso está de alguna manera autenticando tu vida.

También esta liberación pasiva del sentido suele llevarse a efecto, a veces, a través de contrariedades en nuestra vida. Por ejemplo: enfermedades, depresiones, desengaños, tribulaciones; que uno, en vez de pegarse el rebote esa vez, coge y dice: «Lo acepto, lo ofrezco, lo abrazo» y entonces eso es una gran purificación pasiva del sentido. En la purificación activa eras tú el que llevaba la batuta; ahora el que lleva la batuta es Dios que dice: “ahora va a ser...” *Es lo que le dice Jesús a Pedro: «Cuando eras joven, te ceñías, e ibas a donde querías; pero cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá, y te llevará a donde no quieras, ven y sígueme».* Por ejemplo, estoy convencido de que muchos de nuestros ancianos, habiendo asumido en su vida que ahora tienen que estar en una residencia, están en la liberación pasiva del sentido, entonces, ellos dicen: «Bueno, lo acepto, acepto que estoy aquí y no me reboto y no voy diciendo: “pero hombre, no podíamos haber hecho las cosas de otra manera”». Pues no, lo asumo, lo acepto y la aceptación de ese momento, sin duda será para ellos una cumbre en su vida espiritual. Hoy, por ejemplo, hemos enterrado a un sacerdote al que los últimos años han sido años de purificación en sus enfermedades, ha tenido unas cuantas y bastante gordas: hay una liberación pasiva del sentido en el que Dios te va purificando. Se produce una gran crisis en la que se sufre, pero cuando uno es fiel, sale purificado de esas crisis y está perfectamente preparado para la iluminación y la unión con Dios. *«Yo solo quiero lo que Dios quiera»*, y cuando uno sale diciendo eso, se acerca a la cumbre de la vida espiritual. El consejo clave en esta fase es: *“tener paciencia y sujetarse a Dios por la cruz”*.

Y, por último, *la liberación pasiva del espíritu*, que dice San Juan de la Cruz: lo que es el momento de la deificación del alma y pone el ejemplo del madero: el madero que tú echas al fuego y, si el madero no está todavía seco, por sus dos costados echa toda la savia e, incluso, hasta mete ruido, porque esa savia por el fuego tiene que ser extraída, pero dice que cuando llega el momento en que ese madero se seca, se convierte en brasa y se confunde con el fuego. Y entonces es cuando San Juan de la Cruz escribe esa poesía: *“¡oh, llama de amor viva, que tiernamente hieres en lo más profundo de mi vida!”* Es decir, qué llega un momento en el que cuando uno en su vida se ha purificado, la llama es una llama de amor; lo que era de purificación, se convierte en una llama de amor. Es cuando uno puede decir: *«Es Cristo quien vive en mí»*, es cuando se ha producido la plena abnegación de la persona, es cuando se produce lo que se llama el matrimonio espiritual, la responsabilidad del alma con Dios: el matrimonio espiritual. Claro, esta etapa la alcanzan

pocas personas, sí, por desgracia; pero quizás en el designio de Dios deberíamos de ser muchos los que las alcanzásemos y nos quedamos por el camino. En cualquier caso, viene muy bien conocerlo para purificar esa falsa concepción según la cual el cristianismo persigue una perfección ética que sería alcanzable solo por las fuerzas humanas. Eso es puro pelagianismo.

Dios completa ese itinerario hacia la santidad. El que comenzó en nosotros la obra buena, la llevará a término. No hay dos itinerarios iguales, como os podéis imaginar. Por eso, también, los que son acompañantes espirituales es importante que tengan la capacidad de ver en cada uno, cómo está siendo conducido, para ayudarle a cada uno a llegar a la meta. Pero es así.

Os voy a dar una buena noticia: existe el purgatorio. Es una buena noticia. San Juan de la Cruz habla del purgatorio justamente en el último grado de esa purificación pasiva del espíritu, que el amor de Dios complete la purificación que nosotros no hemos llegado a hacer en esta vida. Nosotros, lo del *purgatorio*, *lo vemos como una especie de infierno en pequeño*, pues no es así. El purgatorio es un estado de esperanza, de plena esperanza de que Dios va a coronar la purificación de nuestra vida. El purgatorio no es un infierno con fecha de caducidad, no es verdad. Es un lugar de purificación para completar esa tarea, ese camino hacia la santidad.

Entonces creo que, y termino como he comenzado: abnegación y liberación. Estamos llamados a vivir en la libertad de los hijos de Dios, que eso es el cielo. El cielo es vivir en la libertad de los hijos de Dios, pero es verdad que es muy importante tomarse en serio el itinerario. El itinerario en el que todos y cada uno de nosotros tenemos que purificar nuestros sentidos y hay tantas personas que están esclavizadas a sus sentidos, a lo que me apetece, a mis ganas... Hay tantas personas que no saben distinguir su apetencia de su voluntad, ¡montones! Qué diferencia hay entre «quiero» y «me apetece». No es lo mismo, pero no sabes distinguirlo.

Entonces, en la tarea de la liberación, sin esta tarea de la abnegación para poder ser libres, no se puede ser feliz. Estamos llenos de esclavitudes: la abnegación de los sentidos, la abnegación del entendimiento, de mi memoria, de mi voluntad, de gozarme, de alegrarme, de lo que alegra el Corazón de Cristo. De abrazar también las cruces de esta vida como un lugar de purificación, de la sequedad en la oración, de los momentos de desierto, de las noches oscuras del espíritu en las que muchas personas alcanzan su cumbre espiritual, si saben abrazarlas; las noches oscuras en las que no salgo corriendo, sino que permanezco en fidelidad y dejando que Dios complete su camino hacia la plena liberación.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

